



REVISTA MENSUAL DEL CENTRO DE ACCION POPULAR

TAREA

año 1
No. 1



TAREA

revista mensual

Montevideo, 27 de julio de 1965

Año I - Nº 1

(aparece todos los últimos

martes de cada mes)

Precio del ejemplar: \$ 7.—

Dirección

Comisión de Promoción Política
del Centro Acción Popular

Secretarías de Redacción:

Ruben Prieto y

Alfredo Errandonea

Administrador:

Daniel Costabile

Colaboran además en este número:

Lucilda Marroche,
Walter Jones,
Edda Ferreira,
Osvaldo Escríbano,
Alfonso Santamarta,
Lauriano Riera (h.),
Ruben Prieto,
Jorge Errandonea,
Alfredo Mario Errandonea,
Aníbal de los Santos,
Walconda Riva,
Luis Sabini,
Raquel Fosalba,
Beatriz Stagnaro y
Marcelino Guerra.

Centro de Acción Popular
Tacuarembó 1339
Montevideo

SUMARIO

EDITORIAL: Sentido de nuestra presencia	3
CHAPLIN: Llamado a los hombres	5
GUI SEGUR: Colombia: lucha, resistencia y creación ...	7
ALERFE: Su Majestad, el Descalabro	12
"La nueva generación" (Las dos FEUU y otros artículos) .	16
MARTIN BUBER (Nota sobre su vida y Reportaje)	21
MARIO: Apuntes para una definición ideológica	27
España: Julio de 1936 y Julio de 1965	35
Trabajo científico y compromiso político - Reportajes ...	38
"30 días en el mundo": El imperio en la República Domi- nicana. Testimonios y notas	44
De aquí y de allá	49
Rebeldía en Estados Unidos	53
Crítica	54
Fichas de militante	57
Cartelera de CAP	58
Aquí opina Ud.	58

trabajo científico

Y compromiso político



REPORTAJE

“Entre el 6 y 11 de junio ppdo. se realizó en Montevideo un Seminario sociológico sobre **“La Formación de las Elites en América Latina”**, bajo los auspicios de la Universidad de República (Montevideo), del Institute of International Studies (Universidad de California), y el Congreso por la Libertad de la Cultura. Desde las páginas de “Marcha”, dos intelectuales uruguayos impugnaron su realización en función de consideraciones políticas sobre alguna de las organizaciones patrocinantes y del eventual fin de utilidad imperialista que pudiera contener.

Más allá de este entredicho, se ha puesto sobre el tapete un tema de gran importancia, y de urgente actualidad con el desarrollo técnico de las ciencias sociales. ¿El trabajo intelectual y científico puede resultar enfrentado al compromiso militante político-social? ¿Hay algún grado de incompatibilidad o algún tipo de inconveniente para la asunción de ambos por una misma persona?

El problema no es nuevo. Pero importa gravemente en la constitución de una ética intelectual para un mundo en acelerado proceso de cambio.

Ha sido nuestro propósito recoger la inquietud con opiniones representativas. Por ello nos hemos dirigido al **Dr. ALDO SOLARI**, co-presidente del citado Seminario, y al Profesor **ANGEL RAMA**, uno de los intelectuales autores de la citada crítica al evento, formulándoles las preguntas por escrito y acompañándolas con la lista de preguntas remitidas el otro entrevistado.

1) ¿El trabajo intelectual y científico debe estar condicionado o limitado en función de sus efectos políticos?

1. — El problema no me parece correctamente planteado en estos términos. Creo útil distinguir entre lo que llamaría el condicionamiento previo de todo trabajo científico intelectual, y el aprovechamiento ulterior de las aportaciones consiguientes a ese trabajo.

Es obvio que todo conocimiento intelectual o científico tiene un previo condicionamiento que, de modo explícito o implícito, es ablece la sociedad a que pertenece el investigador. Ya sea porque éste, al encarar un estudio, responde a una incitación del medio, a su problemática o a sus urgencias, visto que un hombre es un elemento componente del vasto tejido cultural de una sociedad determinada, ya sea porque la sociedad orienta el conocimiento de acuerdo a las que entiende sus necesidades primordiales (y cuando aquí hablo de sociedad me refiero al poder político que la expresa, y, eventualmente, a la clase que lo orienta), cosa que puede hacer de diversas maneras: directas, si establece un programa de incentivos o facilidades para ciertos estudios; indirectas, si su esado de desarrollo posibilita o impide determinadas investigaciones. El grave atraso de nuestras ciencias físico-químicas no es consecuencia de mera desatención nacional, sino de que los niveles económicos de un país pequeño, además inmovilizado, no permiten su progreso.

Este condicionamiento previo me parece general y, por lo tanto, de innecesario análisis. Para medirlo en toda su amplitud, dentro del país, puede convenir repasar por un momento la historia de nuestra Universidad para observar cómo se produce, escalonadamente, la creación de las distintas facultades, de acuerdo a las posibilidades, a las demandas y a las ideologías del medio, en un proceso que ha tenido muy distintas aceleraciones.

Otra cosa es el aprovechamiento ulterior de las aportaciones de intelectuales y científicos, uno de los temas de moral intelectual más debatidos del siglo, y que incluso tiene expresiones literarias ("Los físicos" de Dürrenmatt, por ejemplo). Condicionado o no, un investigador no puede dejar de trabajar: tanto la realización de su vida como el progreso del mundo dependen de esa búsqueda en el campo de lo desconocido, y por lo tanto debe descubrir la fisión del átomo, o las imágenes subliminales o el comportamiento electoral. Pero una vez producidos, esos hallazgos fatalmente dejan de pertenecerle; sobre ellos se abalanzan los órganos del poder, tanto públicos como privados, y nos deparan la bomba atómica, la propaganda comercial o la conducción de la opinión pública al servicio de muy determinados intereses.

Esta situación nadie puede ignorarla. Vista la interrelación de los distintos elementos de una sociedad, ya nadie puede considerarse inocente, y para nadie —actúe o no— existe un lugar incontaminado donde estar al abrigo de responsabilidades. Creo que caben entonces tres distintas posiciones: 1º, rehusarse a todo estudio o investigación, como han establecido algunas comunidades religiosas, lo que llevaría a la invalidación de la civilización moderna, a la detención del impulso demiúrgico del mundo actual. Al margen de la vastísima problemática que esta actitud negativista concita,

pienso que es impracticable, y tan inútil como la oposición antimquinista del socialismo utópico. Segundo: seguir trabajando y desentenderse del uso que se confiera a los descubrimientos del laboratorio, lo que subrepticamente significa convalidar el *statu quo* del poder, abjurando de toda libre acción individual y entregándola al organismo que conduce las sociedades de masas del presente. Tercero —y es la actitud que me parece más razonable en el estado actual de nuestras sociedades, así como la que han asumido importantes intelectuales y científicos del siglo— complementar la tarea específica del estudio o el laboratorio con una nítida y beligerante actitud política, asumiendo sin vacilación las ideologías en lo que tienen de instrumentos destinados a modificar las estructuras del mundo actual, e imposibilitar, sobre todo, el uso anti-humano de los hallazgos de los hombres.

El científico o el intelectual, aun cuando estén al servicio de una sola clase social, trabajan para algo más que ella: para la sociedad entera e incluso para la sociedad futura. Es este uno de los valores ínsitos en el fenómeno de la creación. Ella tiene una moral, y en esa moral no caben las clases sociales ni la explotación del hombre. Por lo tanto tiene que luchar para que su creación pueda ser plena, profundamente humana.

2. — Otros podrán hablar con mayor autoridad del tema. Me limito a apuntar: lo dicho anteriormente se aplica por entero —y con más urgencia— a los estudiosos de USA a quienes caben las mismas opciones. Esto, que fue discutido ampliamente por los hombres de ciencia, dio lugar al surgimiento de una organización de científicos extraordinariamente activa y eficaz. El caso estentóreo de Oppenheimer oscureció su acción, pero me gustaría que el lector curioso consultara los escritos de un hombre admirable, el atomista Leo Szilard.

Es difícil —aunque haya casos— que los intelectuales se consagren explícitamente a la defensa de intereses imperialistas, pero la situación es por lo común más compleja y más trágica: consiste en no ver el problema y en complicarse lentamente en los manejos de quienes sí lo ven y tienen el poder. Cuando leemos a algunos admirables publicistas del XIX inglés, incluyendo a los socialistas, Owen, Godwin, Morris, es pasmoso comprobar que no tenían conciencia de que estaban viviendo en el corazón de un imperio. Y antes, Campomanes, el famoso asesor de Carlos III, sólo en privado decía que nosotros éramos colonias españolas; en público, él y los más audaces reformistas, de Feijoo a Jovellanos, hablaban de "provincias de la corona". ¿Y qué decir de la concepción de Carlos Marx, según la cual el destino de América Latina estaba en pasar a propiedad de USA? Lipset acaba de decir que en USA se ignora todo sobre nosotros, como si ya no lo supiéramos en viva carne propia. Es apenas un puñado de norteamericanos el que tiene conciencia del fenómeno imperial. Para la inmensa mayoría el problema ni se les presenta, y hasta consideran una grosería extra-universitaria plantearlo. Hablo de los honestos y serios, los demás lo adscriben simplemente al comunismo o al nacionalismo irracional y bárbaro. Pedir a los intelectuales de los imperios que nos comprendan es, en el plano de la cultura, lo mismo que en el de la economía tratar de vivir de los préstamos con que nos someten.

2) ¿Qué opina de la Sociología norteamericana contemporánea? ¿Cree que hay sociólogos norteamericanos comprometidos con la defensa de intereses imperialistas? ¿Debe prescindirse de toda colaboración con ellos?

Es habitual, al analizar las corrientes sociológicas modernas, distinguir entre el funcionalismo integracionista de los norteamericanos, y la sociología del cambio que se registra especialmente en el Tercer Mundo (ver el libro de Costa Pinto) lo que nos permite comprobar que un mismo instrumento —la sociología— puede alcanzar muy diverso uso según la sociedad en que se produce. Los estudios de campo, los análisis de grupos, la regulación de función, en la sociología americana, han concurrido a explicitar problemas propios de esa sociedad —que eventual o sectorialmente pueden ser también nuestros— y a operar la más urgente tarea que esa disciplina se asignó: solucionar los conflictos de la sociedad norteamericana y proceder a la integración armónica de sus partes. Dicho así, no es, obviamente, un modelo para nuestras sociedades, donde el problema primero es el de una dinámica social transformadora.

Esto no excluye las admirables excepciones, como C. Wright Mills. Dato muy significativo, y que debería meditar más: es el único sociólogo norteamericano que ha alcanzado resonancia en América Latina, más aún que en su propio país. La oposición de Wright Mills a la sociología dominante en USA (véase *La imaginación sociológica*) puede explicar esta curiosa inversión de zonas de influencia, en especial su nítida oposición al pensamiento de Seymour Lipset, Daniel Bell y Edward Shils. Estos representan, con sus tesis confluyentes sobre el "fin de las ideologías", la "ideología" que vino a asumir el "Congreso por la Libertad de la Cultura" en su reunión de 1955 y sobre cuya ambigüedad y peligros habría que hablar muy largamente.

3) ¿El poseer una ideología política-social cosmopolita, puede constituir un escollo para el trabajo científico del sociólogo?

3. — Se contesta con otra pregunta: ¿Hay algún investigador que no la posea? Uno de los equívocos habituales en la concepción primaria de lo que es un sociólogo, es adscribirlo a las ciencias de la naturaleza y no a las de la cultura. Todo sociólogo, como todo hombre, parte de una "ideología política-social cosmopolita", pero mientras que los segundos pueden no saber que la tienen (como M. Jaurdain no sabía que hablaba en prosa) el sociólogo está obligado a concientizarla, primero, y someterla a la prueba de la experiencia de lo real, en segundo término, corrigiéndola si es necesario. Pero además un sociólogo es un intelectual y por lo tanto cae bajo ese análisis que desde Weber y Mannheim ha abierto ancho cauce: la sociología del conocimiento, una de cuyas ramas más frondosas es la que se refiere a un tipo especial de grupos, los intelectuales. Si justamente esta disciplina ha tenido alguna aportación importante, esa ha sido la sistematización y el pormenorizado análisis de una tesis que viene del marxismo dialéctico y en la cual se ha insertado una rica contribución del freudismo: las ideologías, equiparadas a la falsa conciencia. Encontrar las motivaciones psicológicas, sociales, nacionales, educativas, de las más abstractas construcciones de ideas, permitió mostrar la enorme fuerza de los condicionantes en la formación de las ideologías.

Se apresura demasiado Lipset cuando cree, decretando el "fin de las ideologías", que emerge a un empirismo objetivo. Ya Domenach señaló en Francia que se trata de una "ideología subrepticia" y que ella responde a la posición del intelectual integrado dentro de una gran potencia, con lo

cual no hacía sino reforzar el juicio del "romántico Mills", según lo llama Bell, cuando afirmaba que "el fin de la ideología representa, negativamente, el intento de retirarse a sí mismo y de retirar la propia labor de toda relevancia política; en lo positivo, es una ideología de complacencia política, que parece la única salida que tienen ahora muchos escritores para cohesionar o justificar el statu-quo". En ese sentido me parece que la actitud de Lipset puede emparentarse con la de su connacional Rostow cuando afirma que **Las etapas del desarrollo económico** configuran el fin de la ideología marxista (véase la sutil refutación de Paul Baran).

"El fin de la ideología es en realidad la ideología de un fin: el fin de la reflexión política misma como un hecho público" afirma Mills y al hacer nuestro el pensamiento, al considerar por lo tanto que estos sociólogos también están dentro de una ideología, trasladamos el problema al valor de las diversas ideologías, a su necesario enfrentamiento y su aplicación a la realidad, donde el árbol se conocerá por sus frutos como dijo alguien más sabio que nosotros todos.

4. — Agrego aquí la última pregunta del numeral 4 ("¿Debe prescindirse de toda colaboración con ellos?") para contestar globalmente al problema de la colaboración. Titulé a mi artículo "Las condiciones del diálogo" porque creo, discrepando con la tesis Quijano-Real, que debe mantenerse el diálogo, siempre y cuando se llenen ciertas condiciones. El antropólogo brasileño Darcy Ribeiro señaló bien la conflictualidad en que estamos en su "La Universidad Latino-americana y el desarrollo social" al decir del desarrollo cultural: "Condicionado, por un lado, a procurar la convivencia internacional, sin la cual cualquier progreso científico se vuelve impracticable, y, por otro, a precaverse contra su propia alienación y compromiso en proyectos extraños. En un mundo bipartido, en que cada una de las mitades hostiles todo se halla envuelto en el conflicto, inclusive y principalmente la ciencia, estamos amenazados de ver nuestros limitados cuadros de investigadores desviados de la tarea del desarrollo nacional, para ser colocados al servicio de la competencia científica mundial... La única forma de enfrentar este desafío es probablemente la formulación de una ética del investigador científico latinoamericano, armada por un sistema adecuado de sanciones morales que defina los campos prioritarios de investigación, las condiciones admisibles de trabajo en proyectos extranjeras, a fin de evitar que sean desviadas de la temática vinculada al desarrollo, de los pocos cuadros y las precarias instalaciones y recursos de que disponemos".

De acuerdo con Ribeiro, creo que no podemos negarnos "a priori" a toda colaboración, porque nuestras fuerzas no nos lo permiten, pero que debemos ser infinitamente cautos y examinar en cada caso particular el interés que para nosotros tiene la colaboración, exigiendo la aplicación de nuestras condiciones, o sea las que respondan a las necesidades del país o de la zona geo-cultural a que pertenecemos (América Latina). Y por lo mismo saber en qué peligroso camino andamos y cuáles son los compromisos que él genera. Especialmente grave en el caso de la colaboración con los Estados Unidos por cuanto es, desde fines del siglo pasado, el imperio que ha actuado sobre nosotros con una política más violenta de exacción y

4) ¿Cree aplicable la crítica hecha al reciente Seminario sobre Formación de Elites en América Latina a una eventual colaboración sobre investigación espacial con científicos soviéticos?

rapiña, y en el momento actual tiende a alinearnos y a adiestrarnos para su política mundial guerrerista.

De ahí que si bien los principios indicados para condicionar el diálogo rijan para cualquier país o imperio del mundo, no me siento llamado a aplicar la simetría puritana del tercerismo, para desechar en la misma forma la colaboración con científicos soviéticos. Probablemente muy otra sería mi actitud si fuera afgonistano, pero en el Uruguay y en 1965, dentro de la omnimoda órbita del imperialismo norteamericano, encuentro menos reparos para colaborar con los intelectuales de Francia (otro hubiera sido mi cantar si fuera argelino en la época de la liberación) o con los de la URSS, siempre y cuando se llenen las imprescindibles condiciones de actuar por nuestro interés nacional o regional. Los padres de la patria no vacilaron, cuando de luchar contra el imperio español se trataba, de dialogar muy fervorosamente con ingleses o norteamericanos, y Francia les dio casi todo el repertorio ideológico de la liberación.

En definitiva, para dialogar hay que comenzar por dos principios sobre los cuales actuar: una legítima independencia y un cuerpo de ideas, intereses y voluntades, bien estructurado. No hay diálogo entre un servidor y su amo, sólo obediencia. Sólo pueden dialogar quienes disponen de convicciones ideológicas nitidas y distintas, y quienes las puedan respaldar con un mínimo de fuerza y autoridad. Entendiendo que un católico dialogue con un comunista, como que USA lo haga con la URSS, o que Yugoslavia lo haga con la URSS o México lo haga con USA, porque se cumplen los dos principios básicos del diálogo.

Pero desconfío mucho, en esta nueva arremetida snob que la palabra "diálogo" ha traído, de los pescadores de río revuelto que tratan de disolver la endeblez de sus convicciones, cuando no encubrir su venta, bajo la rúbrica prestigiosa del "diálogo". Cuando no se tienen muy profundas, muy claras, muy arraigadas convicciones, el diálogo es también un modo de disgregar y esterilizar al adversario pequeño por parte del poderoso. Los países chicos, las culturales marginales, están rodeados de peces grandes y voraces, pero en esa lucha desigual no cuentan sólo los principios sino también las conveniencias estratégicas, y en ese necesario juego de prelações no debe olvidarse que el enemigo más cercano y más voraz, el que tiene más poder y lo ejercita desaprensivamente apoyándose en sus "marines", son los Estados Unidos.

Dr. ALDO SOLARI

- 1) **¿El trabajo intelectual y científico debe estar siempre libre de todo tipo de condicionamiento?**
- 2) **¿Qué opina de la sociología norteamericana contemporánea? ¿Hay sociólogos estadounidenses políticamente condicionados en su trabajo científico?**
- 3) **¿La adopción de una ideología cosmosiva, con supuestos y valoraciones sobre la vida en sociedad, resulta incompatible para la investigación sociológica? ¿Impide la colaboración científica?**
- 4) **¿Cree posible y conveniente la colaboración con sociólogos polacos, por ej.?**
- 5) **¿Qué opina sobre el Congreso por la Libertad de la Cultura?**
- 6) **¿Cuál es el juicio que le merece el trabajo del Seminario sobre la Formación de las Elites en América Latina recientemente realizado en Montevideo, que Ud. co-presidió?**

SOLARI SE ESCUSA

El jueves 8 del corriente le fue entregado al Dr. Solari por escrito el texto del reportaje, que en principio aceptó responder. Aunque sobre el mismo tema, las preguntas a Solari eran algo diferente a las formuladas a Angel Rama. Estas eran adaptadas a su posición en el problema.

El lunes 12 nos manifestó la imposibilidad de contestarlas por su inminente partida al exterior.